

Sintonía 

Horario de trabajo

Vuelve a ser presentado como tema de estudio, este eterno problema del trabajo regido por el tiempo o por un horario. El hombre, por un derecho indiscutible, por un derecho natural, busca de vez en cuando la forma de aligerarse de aquel mandato divino: «ganarás el pan con el sudor de tu frente».

Y así, va encauzando, va legislando el tiempo preciso que la humanidad necesita para su mínimo sustento. Y si el estudio del problema del trabajo da como resultado el que sean necesarios cinco días de trabajo, estos serán, o parecerán ser los que rijan la vida del individuo. Los dos días restantes de la semana tendrían que ser dedicados a holgar.

¿Será así en la vida del hombre? ¿Descansará dos, tres o más días el trabajador, por propia voluntad, o será necesaria una imposición molesta? Porque por una ley inexorable de la vida, también va cumpliéndose siempre el tejer y destejer de la humanidad. Cinco, cuatro, tres días para ganar el pan y el resto, para ganar lo que el hombre mismo va creando siempre. Para obtener lo que el mismo se pone en sus manos.

Horario de trabajo. Ilusión humana en reglamentar un mandato divino. Ilusión que se pierde en la inmensidad vacía de la tierra. Porque al lado de un «ganarás el pan con el sudor de tu frente», existieron también siete días para formar el Mundo.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
4 OCTUB. 1956

Núm. 453

Año IX

Áncora

Correo de las
LETRAS

«IL DIAVOLO»

de GIOVANNI PAPINI

Mucho se ha escrito y mucho más se ha hablado en torno a la última obra de este escritor italiano. Pero su propio autor es quien mejor la define. Le da el nombre de «Diabología»; eso es, tratado de Satán, de Lucifer, del Angel bueno que devino malo. Como en todo tratado, hay pocas líneas en el libro de propia cosecha del autor, intercaladas o como broche de apertura y cierre, entre la recopilación de estudios que otras plumas dejaron ya vendidos.

Tiene razón Papini al definir su obra con la palabra «Diabología». A través de la lupa de su ingenio, Giovanni Papini mira y remira a Satán por sus cuatro costados, casi siempre a la luz de la Biblia y de textos de relevantes sagrados comentaristas. Su historia del diablo es completísima, y podría empezar así: Erase una vez un ángel . . .

Y sin más, ya al empezar, topamos con el problema del origen del mal. Satán fue un ángel, un espíritu perfectísimo. ¿Cómo entender que el mal hiciese mella en él? ¿Y qué era el mal, antes del mal . . . ?

Pero esta pregunta cae fuera del propósito de la obra «Il diávolo», en realidad, empieza así: Satán es un ángel caído; rebelóse contra Dios.

Papini no inquiere de frente en el problema del origen del mal, como lo hizo San Agustín y otros preclaros pensadores. Roza la cuestión, porque es inevitable, y porque es tan tentadora la pregunta como la esperanza de hallar una respuesta, mas con fe salva un interrogante y acepta una rebelión y un castigo. Con un personaje real entre sus manos prosigue el autor su historia, la confección de su tratado. Tratado, erudito siempre, inteligente muchas veces, y otras, francamente pueril. Pasajes agudos, capítulos romos, sugerencias inteligentes, comentarios baldíos . . . Pero en síntesis, interesante; muy interesante. Obra bien llevada y bien escrita. La enumeración de los textos consultados, nos demuestra que Papini, además de ser un gran escritor, fué un magnífico y cultivado lector.

En el prólogo, nos indica la conveniencia de que alguien se lanzase a la tarea de hacer un tratado completo del demonio, nuestro primer enemigo. «Adversario conocido, mitad de temor perdido». Cierto. Pero no solamente se ha pretendido atenuar temores. La idea primordial del autor el eje de su libro, lo constituye el afán de que nuestra cristiana compasión, de que nuestra caridad, llegue

hasta el mismísimo diablo, ya que no puede olvidar que Satán fué el más hermoso ángel del cielo. Y aún cuando lo olvidare, recordará el precepto que nos obliga a amar a nuestros enemigos. ¿Y, dónde un mayor enemigo, para poner a prueba nuestra caridad?

Papini abriga una firme esperanza de redención para el diablo, cuando ya el tiempo no sea tiempo, sino única y simplemente eternidad. Esperanza que no ha sido Papini el primero en enarbolar.

En el año 220, Orígenes, uno de los más célebres padres de la Iglesia, famoso intérprete de las Sagradas Escrituras, rompió la primera lanza en pro de Lucifer. San Jerónimo fué seguramente el segundo. Y la misma idea prosigue con ligeras variantes hasta fines del siglo IV. Después, sigue un largo y dilatado silencio. Y en el siglo XVI son los poetas, no los teólogos, los que reavivan el fuego verde de esta singular esperanza.

Y ahora, en nuestro siglo XX, Papini, en prosa grita caridad para el fuego en un mundo en llamas.

L. d'Andraixt

La fama también tiene nombre de mujer

Esperanza Ruiz Crespo

Enemiga de toda vanidosa popularidad, nos resulta fácil llegar hasta esta gran escritora y periodista. Y nunca con más propiedad empleadas estas dos palabras con que hemos querido definirla, porque Esperanza Ruiz Crespo es sobre todo, pero conjuntamente, excelente «escritora de periódicos».

La señora Ruiz Crespo ocupa en la naciente «Agrupación de Escritoras Españolas» un puesto clave: el de Secretaria. Y este cargo es el pretexto que nos da pie para entrevistarla y tema para iniciar la conversación.

—¿Cómo ve usted nuestra «Agrupación»— preguntamos.

—He seguido con mucha atención y cariño su nacimiento— responde nuestra insigne interlocutora y continua diciéndonos —Tengo fé en que esta idea de agruparnos vaya enraizándose en todas las mujeres que trabajan con la pluma. Las metas son tan amplias que habremos de irnos esmerando en lograrlas una a una.

—¿Que rama literaria cultiva usted prin-